

los Santos y la veneracion de sus reliquias? ¿No hemos visto á los *iconoclastas*, hacer pedazos las imágenes? ¿no hemos visto la penitencia atacada por los *novacianos*, la Eucaristía por *Berengario*, el matrimonio por los *maniqueos*? ¿No hemos visto, en fin, á un *Lutero*, á un *Calvino*, y á todos los novadores del siglo XVI, bajo el espacioso pretexto de reformar la Iglesia, promoverle la guerra mas cruel, hacerle las mas hondas y sangrientas llagas, y arrancar de su seno provincias y naciones enteras?

Pero bien, ¿qué han producido tantos ataques de los herejes contra la Iglesia? alarmas que han hecho redoblar la vigilancia de los pastores. Muchas veces se duerme el piloto durante la calma; pero el temporal le despierta y le hace estar mas atento. Buen testimonio tenemos de esto con lo que pasó con el arrianismo. Es cierto que muchos sucumbieron, y que un gran número de obispos se dejaron engañar por una fórmula de fe capciosa, presentada por los herejes, cuyo veneno no supieron distinguir á primera vista. *El mundo*, dice san Ge-

rónimo, *quedó pasmado de verse arriano, sin pensarlo ni quererlo.*

Pero ¿con qué celo, con qué ardor no fueron disipados aquellos nubarrones? y ¿cuándo apareció mas puro y radiante el resplandor de la verdad, que después que desapareció aquella especie de tinieblas? Otra prueba tenemos de esto, y muy convincente, con lo que sucedió en los dos últimos siglos. Antes de *Lutero*, estaban los pastores sin la menor inquietud, como sumergidos en un profundo sueño; mas apenas intentó el reformador caer sobre sus rebaños, que empezaron á hablar, escribir, resistir, defenderse, atacar y confundir á este nuevo enemigo, y á cuantos vinieron después. ¿Hase visto jamás, querido amigo, mas pura la fe de la Iglesia, observadas con mayor esmero las prácticas sagradas, mas frecuentado el tribunal de la penitencia? ¿Hanse visto jamás los fieles mas asiduos en asistir al santo sacrificio de la misa; hase visto venerado jamás con tanto ahinco el augusto Sacramento del altar como después de haber aparecido los enemigos declarados de la Penitencia y de la

Misa? ¿Para qué sirve, pues, la herejía, si no es para dar lugar á que se manifieste la verdad con todo su brillo, y á que se explique mas clara y metódicamente? Antes que se levanten las herejías, es ya conocida la verdad, pero no siempre, quizás con la claridad necesaria. Muchas veces se habla sin dar á lo que se dice la precision y rigurosa exactitud que se debe. Como entonces se posee con mayor seguridad el tesoro de la verdad, se toman menos precauciones, se vigila menos; porque se está mas confiado. Pero apenas se nota el menor peligro de ver alterarse el precioso depósito de la fe, que la Iglesia, al paso que combate á los herejes, enseña á sus hijos á pensar con precision y á hablar con exactitud. Y si para defender las antiguas verdades que Dios le ha confiado, emplea expresiones nuevas, es para evitar todo equívoco, y para poner el dogma que se disputa al abrigo de todo ataque.

Dios que sabe sacar el bien hasta del mismo mal, hace dimanar de la herejía, que es un mal tan grave, la ocasion de hacer brillar mas la fe y las decisiones de la Iglesia.

Precisamente en estas ocasiones es cuando se ha visto tantas veces reunirse los obispos de todas las partes del mundo, para venir á dar testimonio de la fe de sus Iglesias, unir sus luces para poner en claro los artificios de los herejes, y unir su autoridad para condenar los errores, instruir á los fieles, volver á los dóciles al camino recto y confundir á los pertinaces.

Nada hace ver mas palpablemente la proteccion que dispensa Jesucristo á su Iglesia, querido Teófilo, que los mismos esfuerzos que han hecho los herejes en todos tiempos para derribarla. La Iglesia ha triunfado siempre, porque Jesucristo está siempre con ella. No una vez sola un mismo siglo ha visto nacer, progresar y morir muchas herejías, semejantes á aquellos torrentes que formados por las lluvias de verano bajan de las montañas con horroroso estruendo, arrancan algunos árboles, se llevan algunas cabañas, asolan las tierras por donde pasan, y desaparecen de repente como por encanto; del mismo modo la mayor parte de las herejías, han aparecido y vuelto á desaparecer en un espacio de tiempo

mas ó menos efímero. Apenas se pueden recordar los nombres de sus fundadores, ni de sus prosélitos.

La Iglesia por el contrario, igual á un gran rio, cuyo manantial es siempre vivo y puro, lleva sus aguas con toda majestad, y nunca se agota. Ella opone la verdad y la perpetuidad de su fe á los errores de los novadores; la sagrada antigüedad de sus tradiciones á las profanas novedades de aquellos; las promesas de Jesucristo, y la autoridad que de él ha recibido á la vanidad de sus razonamientos; y así es como ella triunfa por la verdad, y la verdad triunfa por ella: así es como todo concurre para asegurar sus triunfos y su gloria.

§ IV. *Victorias sobre los escándalos.*

Los combates que mas afectan á la Iglesia son los que le dan sus propios hijos. No tiene enemigos mas temibles que los malos cristianos que la deshonran con sus depravadas costumbres, los rebeldes que violan abiertamente sus leyes, los hipócritas que corrompen su moral, profanan

sus Sacramentos, y atraen sobre ella las burlas y los ultrajes de los impíos y de los incrédulos. La guerra que le hacen todos estos enemigos que abrigan en su mismo seno, aflige tanto mas á esta santa y tierna madre, en cuanto estos combates clandestinos son los precursores no solo del cisma y de la herejía, sino tambien de esas densas tinieblas que engendran el desprecio de toda religion, y los horrores del ateísmo. La Iglesia es la nave de san Pedro, que navega por el mar de este mundo, siendo continuo juguete de las olas y de los huracanes; pero la mano invisible y poderosa que la dirige la salva del naufragio.

Tal es, querido amigo, su estado en la vida presente; sus combates durarán mientras esta dure. Pero Dios que quiere que sea combatida hasta el fin de los siglos, quiere tambien que salga siempre triunfante, y él mismo es quien la prepara y asegura sus triunfos. En efecto la Iglesia saca ventajas de *la misma perversidad de los hijos* demasiado culpables que lleva en su seno. Es cierto que le causan acerbos dolores; que se aflige al ver tantos ciegos en medio de

la luz, tantos, que errantes y descarriados, siguen las sendas oblicuas y torcidas de la injusticia y de la corrupcion; tantos desgraciados que se pierden á pesar de todos sus esfuerzos para volverlos á la verdadera senda y salvarlos. Es cierto que gime al contemplar los escándalos que la deshonran, y los desórdenes que no puede contener. Pero tambien es cierto que estos mismos males dan mas fuerza á sus advertencias y reprensiones, y justifican la severidad de sus sentencias. Su dolor hace mas tiernas sus exhortaciones, y da á su voz aquel acento persuasivo que conmueve hasta el fondo los corazones. Así es que instruye, ilumina, conmueve, y vuelve á camino al pecador.

Cuando se ve obligada á castigar la indocilidad y la pertinacia, es preciso convenir, hijo mio, en que solo castiga para curar, y que las penas que impone, son remedios saludables que aplica á las llagas, que serian incurables para cualquiera otra mano que no fuese la suya caritativa y maternal. Ella convida á sus hijos con los Sacramentos que son las fuentes del Salva-

dor, para que beban en ellas la salud de la vida. Pero sobre todo ella ora, ella gime por ellos, y con sus oraciones y sus gemidos, conserva á los fuertes, sostiene y fortifica á los débiles, cura á los enfermos, y hasta resucita á los que están ya muertos. Así es como el fuego de la caridad le asegura el mas hermoso y dulce de los triunfos.

§ V. *Victorias sobre la revolucion francesa.*

¿No hemos por desgracia tenido que precenciar como los *revolucionarios* renovaban todos los escándalos, todos los horrores, todas las especies de persecuciones, de los siglos pasados, declarándose ellos mismos verdaderos Anticristos, y haciendo abiertamente á la Iglesia la mas sangrienta, mas atroz, é insensata de las guerras? ¿No parecia que durante aquellos dias de triste recuerdo el infierno entero se habia desencadenado contra la Iglesia? Todo parecia conspirar á su perdicion, sacerdotes corrompidos y ambiciosos, religiosos apóstatas, pueblos rebeldes, príncipes dominados por visiones y por mujeres, magistrados impíos, corporaciones envidiosas de los ho-

nores del sacerdocio, hombres de todos estados codiciosos de los bienes de la Iglesia, gentes infames echadas de las poblaciones por sus crímenes, ó infamadas por la justicia, deudores insolventes, seres, en fin, cuya ferocidad era igual á su torpeza y lubricidad.

Tales son, amigo mio, los modernos enemigos de la Iglesia; tales son aquellos, á quienes hemos visto darle esos horribles combates, que tanta sangre y tantas lágrimas le han costado; tales son los que le han hecho estas grandes heridas, que todavía no están del todo cicatrizadas. Porque los revolucionarios de nuestros dias lo han probado todo para destruir la Religión; primero en Francia y luego después en todas la partes de Europa donde han podido penetrar.

El Sumo Pontífice Pio VI, de feliz memoria, murió en el cautiverio; su sucesor estuvo tambien largo tiempo prisionero y sufrió los mas odiosos ultrajes. Ha sido horriblemente derramada la sangre de los sacerdotes, de los obispos, y hasta de los cardenales; y en tiempos en que se afectaba

mas moderacion, muchos prelados han sido arrebatados de sus sillas, y tenidos en la mas rigurosa comunicacion como á criminales. Se han ensayado toda especie de impiedades; injurias, sarcasmos, irrisiones, profanaciones, escándalos, declamaciones embusteras, persecuciones atroces y refinadas, todo se ha probado; hasta se ha llegado á pervertir la juventud y romper la infancia.

Pero bien, ¿de qué han servido todos estos esfuerzos y todas estas tentativas del infierno? ya lo hemos visto, la tiranía se ha destruido con sus propias manos; los altares derribados se han vuelto á levantar; se ha reanimado la fe en los corazones; la piedad de los verdaderos fieles es ahora mas ferviente; se han purificado sus costumbres; los católicos se han fastidiado de los teatros y de todas las diversiones peligrosas, ó prohibidas; la exactitud en el cumplimiento de sus deberes religiosos es el gran crimen que les echan en cara sus enemigos, y en muchos parajes, los niños mismos, á quienes se pretendia descarriar, son los que han vuelto á sus padres á la fe,

y han encendido nuevamente en sus familias la antorcha de la Religion que se habia apagado. ¿Puede darse un triunfo mas resplandeciente y mas digno de excitar nuestra admiracion y reconocimiento?

¡Qué alegría, pues, y qué felicidad la nuestra, querido hijo mio, de pertenecer á esta santa sociedad, que no puede perecer nunca; y cuantos esfuerzos hacen sus enemigos así interiores como exteriores, solo sirven para cimentarla mas y aumentar mas su brillo y resplandor! ¡Cuántas gracias no debemos dar todos los dias á Dios, que sin ningun mérito por nuestra parte, nos ha hecho un imponderable beneficio de hacernos nacer en el seno de esta Iglesia, siempre combatida es verdad, pero siempre victoriosa, constantemente protegida y sostenida por su divino Autor y colmada siempre de dones celestes, que preparan y aseguran los bienes eternos á aquellos de entre sus hijos, qué dóciles á su voz saben aprovechar sus beneficios!

No menos visiblemente se declara el Todopoderoso en favor de su Iglesia, por los castigos que impone á los perseguidores

de sus hijos. Bastaria recorrer la historia para demostrar palpablemente que todos los enemigos de la Religion han tenido un fin trágico; mas para no detenernos demasiado nos limitaremos á los ejemplos siguientes.

EJEMPLOS.

TRÁGICO FIN DE LOS EMPERADORES ROMANOS ENEMIGOS DE LA RELIGION.

Agripa, el que hizo martirizar á Santiago el mayor, y persiguió á otros Apóstoles, experimentó los efectos de la venganza divina. Dirigiase un dia solemnemente al teatro donde hacia celebrar unas fiestas por haber recobrado la salud el Emperador... Seguido de un numeroso acompañamiento de judios y romanos de la mas alta calidad, sentóse cubierto de un manto real en un trono reluciente de oro y pedrerias, y se puso á arengar al pueblo. Lo sereno del dia, el resplandor del sol, todo concurría á dar mas realce á aquella fiesta. Su elocuencia, de la que se jactaba mucho, correspondió á tanta magnificencia, en términos que se levantó un grito universal diciendo: *no es un hombre el que nos habla, sino un dios*. Complaciase muchísimo *Agripa* en estos idólatras elogios, mas no le duró mucho su culpable placer, pues el Ángel del Señor le tocó invisiblemente, y de repente le cogieron unos dolores tan vivos y tan violentos, que sucediendo á su vanidad la vergüenza y confusion, dijo á sus aduladores: *Hé aquí á vuestro dios que va á espirar*. Llevarónle á su palacio, en

donde continuó sufriendo terriblemente por espacio de cinco días, hasta que murió roído por los gusanos.

El emperador Neron, el oprobio del género humano, el que tributó á la Religión cristiana el gran honor de declararse su primer enemigo: Neron se vió obligado á darse de puñaladas para librarse de un infame y cruel suplicio. El Senado le habia antes destronado.

El emperador Domiciano, que habia prodigado tanto la sangre de los Mártires, fue asesinado y hasta privado de los honores de la sepultura por orden del Senado.

Tambien *el emperador Adriano* hizo martirizar un sin número de fieles, pero su muerte fue de las mas crueles. Se le declaró una hidropesía, y viendo que no le aliviaban los remedios, deseaba la muerte. Muchas veces pidió que le diesen un veneno ó un puñal; pero nadie quiso dárselo por mas que prometiese la impunidad y aun un premio. Su médico mismo se mató para no tener que envenenarle. Hizo llamar un bárbaro, del cual se servia en las cacerías por su extremada fuerza y arrojo, y valiéndose ya de amenazas, ya de promesas llegó á persuadirle á que le hiriese debajo del pecho, precisamente en el paraje que le habia indicado el médico Hermógenes para morir sin dolor. Pero el bárbaro se llenó de espanto y se escapó. Lamentábase el Emperador de no tener siquiera poder para hacerse matar, el que habia hecho matar á tantos otros. Por fin rompió la dieta, que le habian prescrito, se puso á comer y beber lo que le era absolutamente contrario, y murió gritando que los médicos le habian asesinado.

No menos trágico fue el fin que tuvo *el emperador Severo*, que tanta sangre cristiana habia hecho derramar. Durante la guerra de la Gran-Bretaña, acompañábale Antonino, su hijo primogénito. Yendo los dos de lado, detuvo un poco su caballo aquel hijo desnaturalizado, y sin decir una palabra sacó su espada é intentó matar á su padre. Dieron un grito los que le acompañaban, lo que impidió el golpe. Contentóse el Emperador con afearle sus negras intenciones; pero se afligió en tales términos, que murió poco tiempo después en el año 211 de nuestra era, mas bien de pesar que de enfermedad.

Decio, tan famoso por los innumerables cristianos que sufrieron el martirio durante su reinado, fue muerto á traicion por uno de sus súbditos, que habiéndole hecho meter en el cieno de un pantano, le pasó el cuerpo á flechazos, junto con su hijo, y ambos murieron en medio de los mas atroces tormentos.

Valeriano, á quien hacia cruel el odio que profesaba á la fe, cayó prisionero de Sapor rey de Persia. Palpablemente se vió la venganza divina, porque ningun príncipe se ha visto nunca mas humillado. Su cuerpo servia de estribo al monarca persa cuando montaba á caballo. Finalmente fue desollado vivo y echaron sal sobre su ensangrentada carne. Su piel fue pintada de encarnado y conservada en un templo.

Galerio, que habia sido uno de los instigadores de la persecucion bajo el reinado del emperador Diocleciano, subió al trono, y siguió esos crueles instintos de su corazon; pero la justicia divina puso un término á sus crueldades castigándole á su vez. Le atacó una enfermedad vergonzosa, y á pesar de

haberle aplicado diferentes veces el hierro, volvió siempre á abrirse la cicatriz, con lo que perdió mucha sangre, y cuando por fin la pudo detener se le gangrenó la llaga. Llamáronse de todas partes los mas famosos médicos, mas todo fue inútil. No confiando poder curar el mal, tratan de minorarlo en lo posible; pero entonces trabaja interiormente y ataca los intestinos. Crianse allí gusanos, y se esparce, segun dice Eusebio, un hedor insoportable, no solo por todo el palacio sino por la ciudad de Sárdica, en donde se hallaba. Despedia el enfermo horriblos gritos: hacian cocer carne y se la aplicaban á las llagas para atraer los gusanos, y en efecto salian una cantidad prodigiosa; pero la corrupcion iba ganando terreno. Estaba su cuerpo sumamente desfigurado; pero de dos maneras diferentes: desde la cabeza hasta la llaga era tan flaco y enjuto, que no se veia mas que la piel livida, y hundida por entre los huesos, y desde la llaga hasta los piés estaba tan hinchado, que ni se conocia siquiera la forma de los piés. Un año entero permaneció en esta horrible situacion.

Hizo este Emperador matar á varios médicos, porque no sabian hallar remedio para su mal, ni podian soportar el excesivo mal olor. Uno de ellos viéndole de tanto peligro le dijo: «Señor os engañais « completamente pensando que los hombres pueden « quitaros el mal que Dios os envia; no, esta enfer- « medad no es humana, ni puede ceder á cuantos « remedios se apliquen. Acordaos de lo mal que ha- « beis obrado contra los servidores de Dios, y contra « la sagrada Religion, y veréis á quién debéis recur- « rir.» Entonces empezó Galerio á conocer que era

hombre: vencido por la fuerza de la enfermedad, y de sus tormentos prometió que reedificaria el templo del Señor y que enmendaria su crimen. Efectivamente volvió con un edicto la paz á la Iglesia; pero murió poco tiempo después. Lo propio sucedió con Antíoco.

Tambien sufrió terribles desgracias *Maximino*, que fue uno de los mas crueles perseguidores de la Iglesia. No siéndole posible sobrellevar sus desastres, determinó envenenarse. Como antes habia comido y bebido mucho, el efecto del veneno fue muy lento, y sufrió los mas acerbos dolores. Por largo tiempo sintió quemársele las entrañas; dando unos gritos, ó mas bien unos aullidos espantosos, revolcándose por tierra, mordiéndose de rabia y golpeándose la cabeza por el suelo y por las paredes con tal furor, que se le salieron los ojos de sus órbitas, y quedó enteramente ciego; pero sus remordimientos hacian su mas cruel tortura: le parecia ver á Jesucristo sentado en su temible tribunal para juzgarle. Oíasele repetir á menudo, con gritos descompasados, como un criminal puesto en la cuestion de tormento: *No era yo, fue á pesar mio*. En otras ocasiones, confesaba sus mas odiosos crímenes, y pedia clemencia. Así pasó cuatro dias, y murió en este estado sufriendo un infierno anticipado. A mas de habersele saltado sus ojos, y del fuego que le abrasaba, sufrió antes de espirar la mayor parte de los demás tormentos que habia hecho dar á los mártires.

(*Historia eclesiástica*).